

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripciones.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7-50 Id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—Toda la correspondencia y paquetes, diríjanse al Administrador.—No se devuelven los originales.—Redacción y Administración: Isaac Peral, número 24, bajo

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico. La oficina de distribución.—Corresponsales en París: Mr. La rrette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones; 31, Boulevard Montmartre.—New York, Mr. George E. Fike, 11, Park Row.—Berlin, Radbif Mosse Jerusalem Strasse 48 y 49.

El Bloque, no

Hoy no es día de política. Hoy resucitan en la imaginación, en el alma creyente, el recuerdo de la tragedia horripilante del Calvario.

Dejemos las discusiones bizantinas acerca de los ferrocarriles «estratégicos», los reproches mutuos, las rivalidades mal reprimidas... Dejemos a la Cámara de comercio el monopolio de lo óptimo y la vía ancha de Cartagena a Lorca... (que es de todos y á todos interesa).

Concedamos al órgano vasista el privilegio de amar á Cartagena, y á sus corporaciones reproductivas sobre todas las cosas... Concedámosle la triste condición de erigirse en definidor dogmático del credo propio y del ajeno... Toleremosle su indomisión perniciosa en cuantos asuntos afectan al bien local, sin que le contenga la respetabilidad oficial de las autoridades técnicas en cada materia, ni le sirvan de freno el fracaso, la ineptitud de los corifeos y la crítica de la opinión sensata é ilustrada... Deploremos las ofensas al duelo de don Joaquín Payá; más ¡quién se cuida de locos ó de cesantes desesperados!

Hoy no es día de política agresiva y demoleadora. Sin embargo, aplaudamos la gallardía de Tobal, suspendiendo el acuerdo bárbaro, la degollación de los inocentes, el despido de empleados municipales, pobres, veteranos, inermes...

Insistámos en venerar la honrabilidad, el prestigio de don Francisco Jorquera... «La prensa local» lo pide, el buen nombre de Cartagena lo exige... Los concejales del bloque no son inviolables; sus acuerdos duatorios merecen la execración de los ciudadanos dignos.

Hoy no es día de lucha, ni de pasiones. La tregua es inevitable. Miserias, mendugencias, rencores pequeños, impotencias estridentes... quedan en el tintero para tiempo oportuno.

Hoy recojámos en la conciencia. Y opongámos únicamente á la moral fratricida de los epicúreos que nos desgobiernan esta frase decidida, evangélica por sus efectos. ¡El Bloque, no!

Triste está mi alma...

Dedicando á la señora doña María de los Desamparados Martínez Aloy de Braquchais.

I

Era una noche magnífica del mes de Nisán, de esas que solo se ven en las cálidas regiones de Oriente; y en medio del cielo tachonado de estrellas, brillaba pálida y triste la luna; más triste acaso que nunca, porque venía á alumbrar la amarga agonía del Hijo del Hombre.

Después de oscurecido salieron silenciosamente, de una casa cercana al palacio de David, doce hombres, y bajaron con paso lento hacia el torrente del Cedrón.

Los rasgos de sus fisonomías (sancas y varoniles y los trajes que vestían revelaban al primer golpe de vista su origen galileo.

Once de ellos iban apañados, siguiendo respetuosamente á alguna distancia al que según las apariencias era su jefe, que caminaba triste y abstraído. Se distinguía de sus compañeros por el color morado de su túnica y su larga cabellera. Mirándole atentamente, se descubría en él la inefable pureza de sus miradas, y en la ideal belleza de su rostro, algo de augusto y santo, algo de sobrehumano, que hacía esclamar. ¡A la verdad, si Dios tiene un hijo... este es el Hijo de Dios!

Y en efecto, aquel hombre era Jesús, que se dirigía al monte de los Olivos, acompañado de sus discípulos. Estos iban tristes, muy tristes, pues las últimas palabras pronunciadas por el Maestro después de la cena sagrada habían arrojado un velo de amargura sobre sus almas, y cuando la luna de Marzo proyectaba la luz sobre sus rostros, se descubría más de una lágrima rodando por sus tostadas mejillas.

Habían ya atravesado el puente que unía las dos orillas del torrente, no lejos del sepulcro de Absalón, y al llegar á las cercas de Getsemani, Jesús, dejando allí á los demás discípulos, entró con Pedro, Santiago y Juan por las abruptas asperezas del monte de los Olivos.

La oscuridad, el silencio y la imponente grandeza de aquellas sombrías soledades, aumentaban la tristeza de sus almas. En aquel momento los discípulos recuerdan los lúgubres vaticinios del Cenáculo... la traición de uno de ellos... el abandono de los demás. Después los trajes de los enemigos... la crueldad de los verdugos... y lloran, lloran todos.

Jesús, «exhalando un profundo suspiro, les dice: «Se acerca mi hora y levantando luego los ojos al cielo; añade con doloroso acento: «Triste está mi alma hasta la muerte... Esperaos aquí y... velad conmigo y apartaos lentamente y como á distancia de un tiro de piedra, se tiene desfilado en un pequeño altar.

II

Había un peñasco, á la entrada de una estrecha gruta natural, que se elevaba algún tanto sobre el resto del terreno, y Jesús, arrodillándose sobre él y apoyando la cabeza en una de sus manos, hundió las tristes miradas en la imponente sombra de la capital judaica, y... suspiró, dejando correr abundantes lágrimas de sus divinos ojos.

«Cómo se atreva el dolor á herir con sacrilega mano aquel corazón cuyos latidos enjugaban todos los llantos...

¡Ah! ¡Su espíritu divino veía perderse á los hombres entre las abominaciones de la desolación... sin aprovecharse de su muerte... y allá lejos... en las orillas del Tiber, por entre el vaho de su sangre inocentemente derramada, venía una nube negra, que arrastrando entre sus alas las colortas de Vespasiano, se precipitaba como la tempestad, sobre los muros de la ciudad delicidal.

Ante visión tan pavorosa, Jesús, separando los ojos de la desdichada Jerusalén... ¡llora! ¡llora... que, aquel pueblo, es su pueblo predilecto; y aquellos hombres, son sus hermanos! ¡Y él, que había venido y moría por salvarlos, les llama, y... le rechazan! ¡los busca, y... le sacrifican! ¡les ofece por su amor la sangre y la vida... y ellos, en el insensato paroxismo de su furor, maldicen su agonía!

Jesús, desgarrado su corazón por ceguera tanta, siente ahogarse, y si encuentra aire que respirar, ni le que alumbre sus ojos, y hundiendo

Filosofemos

El Sol se oscureció, cuando en cruz afrentosa el Hijo de Dios, hombre, moría en el Calvario. El crimen consumose, quedaron los humanos tranquilos, y nosotros de su linaje árido; y Cristo en su agonía, en su suplicia bárbaro, suplicante á su Padre pedía que perdonara á aquellos sanguinarios, y henchido de amor santo le decía: «No saben lo que hacen; perdonadlos...»

Y Dios los perdonó, y muerto Jesús, los humanos continuaron lo mismo que si el crimen no hubieran consumado, hollando la virtud con la soberbia, despreciando al débil, despreciándolo, y embrutecidos todos en el vicio.

«Para qué el sacrificio grande y santo de aquél mártir del Gógotha, si ellos no supieron ni quisieron apreciarlo? Si yo llego á ser Cristo, á la carrera me manda ajusticiar á mi Pilatos, me flagelan á mí aquellos «caribes», y me cargan con la cruz hasta el Calvario, y me dan á beber hiel y vinagre, y me clavan la lanza en el costado. Jesús era muy bueno, ya lo creol cualquiera otro en su caso, pasa lo que. El pasó por redimirnos, y espiró en una cruz, en el Calvario. ¡Dichosa humanidad, en todo caso haces siempre lo mismo, si hay alguno que por ti llega á estar interesado le maltratas, le befas, le abandonas, y acabas por hundirlo, por matarlo!

José Martínez Andrés

desfilado se rostro en el suelo, balbuceó con moribundo acento: «Padre mío! ¡Si es posible, pase de mí este cáliz, sin que lo beba, pero no se haga como yo quiero, sino como quieras Tú!»

Levantó los ojos al cielo buscando en él un rayo de consuelo que templase su amarga agonía... pero el cielo permaneció desierto y frío. Aquella terrible desolación y aquel pavoroso desamparo, no eran más que el principio del sobrehumano martirio que había de terminar con su vida en las sinietras sombras del

Gógotha, por amor y para salvación del hombre!

Aprovéchense del fruto de la Redención mis amables lectores.

Juan José Calabuig.
Profesor del Instituto.

Reorganizaciones

Madrid 31-9 m.

Collantes y el secretario de Instrucción se dedican á la reorganización de las Escuelas de Artes e Industrias y de la creación de Escuelas de Aprendices.

En breve firmará el Rey el decreto correspondiente.

«La Virgen del primer dolor» de la Procesión Californiana

«Amargura sublime tiene tu rostro. Esa palidez mate que como aureola divina, envuelve tu cara, te hace más hermosa. Eres la primera rosa que brotó del rosar de la virtud, eres, María, el primer pensamiento que evolucionó en el cerebro de Dios.

Ni el poeta, desplegando las alas de su más refinada inspiración, ni el filósofo desbordando los diques de su ciencia, podrían definir la dulzura de tus misteriosos ojos, la sonrisa purísima de tus labios, el conjunto divino de tu cultura. Ni aun el mismo escultor que modeló tu rostro, que formó tu delicadas manos como nardos entre encajes, pudiera definirte. Te engendró á fuerza de cincel, si, pero no fueron sus manos las que trabajaron, ni su pensamiento el que batalló, para hacerte hermosa; fué el espíritu de Dios que se desprendió de los celajes del firmamento pa a morar en el alma del escultor, mientras duró la inspirada obra. Fué el soplo sutil del Escultor de la Creación, el que filtró la encarnación de la be-

llez, de la dulzura y de la firmeza en un trozo de madera, como un vertido por la idea y alimentado por el corazón, en una tablilla que nos hace sentir, al contemplarla, un sentimiento espiritual que vive en nosotros cual fuego sagrado, en cuyo rescoldo se calienta el alma atarida.

El ser más ateo, el hombre más desprendido de las cosas divinas, el que jamás halló la reciprocidad de un beso, halló calor de amor, ni supo darlo, al mirar tu rostro sonriente, do por la fuerza poderosa del convencimiento, como exclamó el poeta ante la aparición de sus amores: Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado; hoy trocés en Dios.

Arturo Renales.
Cartagena 31-3-15.

LOS LIRIOS

Hay una flor abrieffa, flor de amores y de dolor, hay una flor que es más triste que la flor de los requejados.

El lirio nació una tarde de lutos y de misterios, una tarde en que una Virgen lloraba al pie de un mártir.

Fué la semilla una lágrima de aquellos ojos de cielo: una lágrima divina que hizo que rugiera el viento, y que se apagara el sol, y que temblara el suelo.

La Virgen quedó mirando aquel dolor de su pecho, aquella lágrima amarga que una flor se hizo al momento y de mirarla sus ojos, aquella flor copió de ellos el color de sus mejillas, que es el color de un tormento.

«Oh lirio, flor abrieffa, de ti no gustan los viciosos, guindados, no solo alegres, pues sois del dolor, compañeros.»

Yo os aproximé á mis labios y al sentir el cáliz fresco, pensé en aquellos dos lirios de una madre y de un madre... ¡y sentí el frescor de un aire, que venía de los cielos!

P. Jara Carrillo.

Cumplid esta misión santa y bendita. Amaos unos a otros.

Calló el Señor, el mundo dió un gemido, la palabra de Dios se fue extinguiendo, cual se extingue el dolor que el pecho ha herido.

Y su órbita la Tierra recorriendo, girando sobre su eje de granito, la voluntad de Dios obedeciendo, rodó por el espacio en lo infinito.

Junio 1913.

es la que yo te he dado, ¿qué más quieres?

Tras de esos treinta años placenteros, que pasarán ligeros, otros veinte vendrán muy diferentes, no parecidos a los anteriores.

Tus anhelos serán más permanentes, tus amigos serán más exigentes, tendrás choques y amargos sinsabores, trabajarás usando tu alimento y el de todos los seres que has creado, y te hará desmayar el desaliento cuando ya del trabajo estés cansado.

Y pasarás la vida con apuros, que quebrantarán tu cuerpo enfermedades, lucharás con negocios inseguros, teniendo que vencer dificultades.

Ese trabajo te tendrá rendido. Son los años que el burro te ha cedido. Tendrás veinte años más. Serás esclavo, mientras pasan de toda tu familia, el insomnio, la pena, y la vigilia, harán que esté tu pensamiento hijo en la conducta o el error de un hijo; disgustos pasarás constantemente, y ante la pena que a tu dicha inmoló, la ofensa olvidarás, cuando en tu frente, un beso llegue a ella humildemente, y como el perro movería su cola, tú moverás los labios dando perdones y olvidando agravios.

Es la edad que el martirio te ha regalado, y que tú, agradecido, has aceptado. Veinte años más tener puedes de vida;